

El favor y el derecho

A los jueces sin miedo que combatieron a mafiosos los asesinaron o los apartaron

LORENZO SILVA



Para medrar en la judicatura se necesitaban antigüedad y falta de méritos. El mérito estaba mal visto por su potencial discriminatorio. Para aspirar a cargos de dirección era necesario, además, contar con el patrocinio de una u otra corriente». Este desolador resumen está extraído de las memorias del magistrado italiano Giuseppe Ayala, que ejerció la acusación como fiscal en el llamado maxiproceso contra la mafia siciliana, allá por el final del pasado siglo. Su elocuente título, 'Quien tiene miedo muere a diario', está tomado de las palabras de otro magistrado, Paolo Borsellino, que pagó con su vida su implicación decidida en la defensa de la ley frente al crimen organizado. Ayala sobrevivió, y en su relato se percibe en más de una ocasión la «vergüenza del superviviente». Es, también, una reflexión sobre el compromiso con la justicia y sobre el valor de la independencia judicial que tres décadas más tarde no puede resultar más oportuna.

Ayala, Borsellino y otros jueces sin miedo como Giovanni Falcone –también asesinado por la mafia– o como el veterano y menos conocido Nino Caponnetto –lector de Proust y de San Agustín, al frente de los jueces de instrucción de Palermo en el peor momento posible–, demostraron con sus actos, su coraje y su competencia jurídica que era posible ganar la batalla a unos delincuentes que a la vez que infringían la ley ejercían de facto el poder sobre los sicilianos. No solo por la intimidación con las armas, sino también por la connivencia de la clase política, en la que habían logrado infiltrarse hasta niveles escalofriantes.

Lo triste del caso es que después de sentar en el banquillo a la plana mayor de Cosa Nostra, y de levantar a pulso una causa que terminó en condena, a los impulsores del maxiproceso los asesinaron o los apartaron de sus puestos, entre otras razones para que las responsabilidades no alcanzaran a los aliados de la mafia en el seno del Estado. A Ayala, por ejemplo, lo pusieron a perseguir delitos de defraudación de fluido eléctrico, lo que dice que le salvó la vida, porque así dejó de ser un peligro. Y es que, concluye, en la sociedad siciliana se prefiere el imperio del favor al imperio del derecho. Este lo reconoce la ley, pero tiene límites. «El favor, en cambio –explica–, no está regulado. Es como un derecho 'prêt à porter'. Cada cual puede ofrecerlo a su gusto. Una especie de bricolaje, más flexible y mucho más cómodo».

Sicilia ha pagado cara esa preferencia. Conviene recordarlo, antes de anteponer la pura conveniencia al imperio de la ley.

Rescaldos en el lugar del crimen

IVÁN IGARTUA

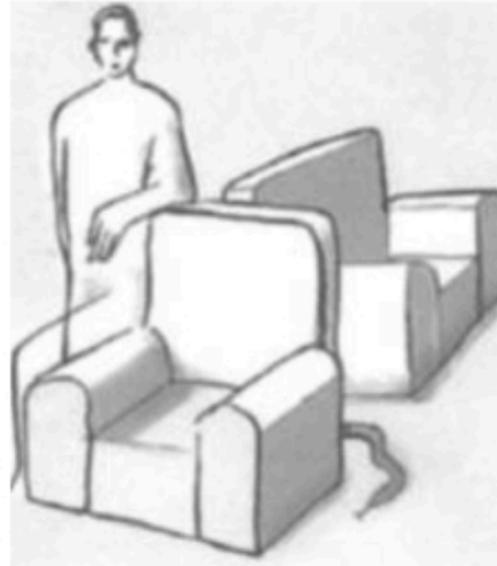
Catedrático de Filología Eslava de la UPV-EHU y exvicerrector del campus de Álava

Desalmados avivan la estrategia de asedio del abertzalismo ultra a la Universidad

La bomba que segó de cuajo la vida de Fernando Buesa y Jorge Díez fue detonada en las inmediaciones del edificio Las Nieves, en el campus de Álava de la Universidad del País Vasco. El etarra que accionó el mando a distancia que produjo la explosión mortal pudo camuflarse con facilidad entre el conjunto de estudiantes que se dirigía a sus clases, salía de ellas o deambulaba por la zona aprovechando algún descanso en el horario de aquel día. Una vez cumplida la misión, el asesino huyó del lugar, dejando los cuerpos de sus víctimas tendidos en el suelo, una comunidad universitaria horrorizada, a caballo entre la estupefacción y la indignación más absoluta, y una cicatriz de por vida en el campus. Una herida que resulta incómoda para quienes no condenaron entonces ni tampoco más tarde aquella atrocidad de la banda terrorista, porque el recuerdo de todo ello perdura –y lo seguirá haciendo– en ese rincón torturado de Vitoria.

Hace unos días –lo contaba Antonio Rivera en estas páginas– una de las paredes de la Facultad de Letras fue emborronada con una frase que denigraba a Fernando Buesa, escrita probablemente por alguien que aún no había nacido el 22 de febrero de 2000, pero a buen seguro dictada por otros que ya estaban aquí o que, en su defecto, han recibido la debida instrucción ideológica para descender a esos niveles de vileza. La frase responde fielmente al patrón tradicional de comportamiento de quienes no solo jaleaban los atentados de ETA, sino que, una vez cometidos, humillaban a las víctimas y sus familias con pintadas como la que ensucia –a propósito, claro– la portada del espléndido libro de Joseba Eceolaza 'ETA: la memoria de los detalles', en ese caso con José Luis López de Lacalle, asesinado aquel mismo año, en el foco de la atención macabra.

El anónimo de la Facultad de Letras, que calca el dedicado a Lacalle, vuelve a poner de manifiesto la transmisión intergene-



JOSÉ IBARROLA

racional del odio que ha estado en la base de la violencia ultranacionalista, un odio hoy aderezado con soflamas pretendidamente filocomunistas que en realidad remiten al 'esquizofascismo' identificado para otros ámbitos por Timothy Snyder y, en el fondo, no tan distinto. Aquellos que operan con marcos discursivos y praxis de filiación técnicamente fascista tienden a tildar de fascistas, esta vez como insulto, a quienes no lo son. No resulta casual que otra de las proclamas que proliferan actualmente sea aquella que anima a combatir a toda costa a un fascismo desatado que algunos ven por todas partes salvo donde salta a los ojos.

Si bien la esquina de las calles Aguirre Miramón y Nieves Cano y el aula de Las Nieves parecían espacios destinados en teoría a ser respetados por lo que conllevan, hace poco más de cinco años fueron profanados a conciencia por el entorno heredero de ETA, cuando Sare, la red de apoyo a los presos de la banda, organizó precisamente en el aula unas charlas a las que invitó como ponente a José Ramón López de Abetxuko, etarra condenado en su día a treinta años de cárcel por los asesinatos de Jesús Velasco, jefe de los Miño-

nes, y de Eugenio Lázaro, jefe de la Policía Municipal de Vitoria, en enero y abril de 1980. El individuo, que había salido de la cárcel a mediados de 2018, peroró sobre el sufrimiento de los presos (los de ETA, se entiende; no es difícil imaginar que el resto le importaba entre poco y nada). Lo hizo en una intervención que desde la dirección de la Universidad no pudimos –o no supimos– evitar.

La presión sobre todo interna que logró mantener intacto el programa de Sare apelaba a la libertad de expresión como bien supremo e irrenunciable (y además ilimitado, según para qué o quién), a un presunto relativismo moral que puede asumir casi de todo y también al hecho de que el terrorista, amén de haber cumplido su condena, iba a hablar de 'otras cosas', no de sus delitos, lo que conducía a pensar al instante qué habrían dicho esas mismas voces si la conferencia hubiera corrido a cargo de un violador también encarcelado, por más que el asunto a tratar fuera, qué sé yo, el gótico flamígero o el mismísimo sexo de los ángeles. Aquella indignidad, una humillación brutal para las víctimas de ETA y un acto repugnante para la mayor parte de la sociedad, dañó gravemente la imagen de la Universidad pública vasca. Pero a Sare y su presidente, un dechado de sensibilidad selectiva, aquello se la traía, básicamente, al paio.

El revuelo que causó el incidente, forzado por la contestación ciudadana y su eco en los medios de todo el país, no dejó de tener, sin embargo, ciertos efectos. La estrategia de asedio a la Universidad, indisimulado objeto de desprecio del abertzalismo ultra, decayó en intensidad durante los años siguientes, aunque en parte se debiera a la pandemia. Pese a ello, aún quedan rescaldos que de vez en cuando aviva algún desalmado, tal vez convencido de que mejor que el olvido interesado (ese que lleva al blanqueamiento) es el ultraje a las víctimas, infame mecanismo de autoafirmación frente a la verdad desnuda y pavorosa del crimen.

irrelevantes en un país absurdo». Entonces gira la cabeza, doliente, buscando comprensión y quizás algo de amor, pero ahí no está Ingrid Bergman sino José Luis Rodríguez Zapatero, lo que conduciría inevitablemente al suicidio a cualquier persona sin la imponente presencia de ánimo y la feroz voluntad de supervivencia del señor Galindo.

El peor momento lo vivirá, no obstante, cuando se celebre la cena de Navidad del colegio oficial de verificadores internacionales. En el aperitivo, entre copas de champán y canapés de salmón, sus compañeros contarán divertidas anécdotas de Zelenski, de Putin, de Trump, de Netanyahu, del príncipe Bin Salmán. Cuando le toque el turno, Galindo, avergonzado, fingirá una afonía para no tener que explicarles quién es ese tal Puigdemont.

Casablanca

PÍO GARCÍA



Siento una creciente simpatía por el señor Galindo, verificador titulado por las más prestigiosas universidades y casco azul destinado al frente de batalla de Waterloo esquina con Ferraz. Qué tristeza infinita, qué decadencia profesional, qué inaudito acoso laboral. Me lo imagino entre la bruma, paseando melancólicamente por los jardines de Ginebra, echando de menos a los nietos y a los guerrilleros de la FARC al contemplar cómo

de los coches descienden, facundos y resueltos, con aires de grandes estadistas a punto de celebrar la conferencia de Yalta, Toni Comín, Carles Puigdemont, Santos Cerdán, toda esa gente con sus mochilitas.

Veo al señor Galindo ajustándose el sombrero, como un Humphrey Bogart humillado, definitivamente derrotado, mientras masculla: «El mundo se derrumba y nosotros hablando de una moción de confianza falsa y de sesiones parlamentarias